

Stéfano SIMIZ (ed.) : *La parole publique en ville des réformes à la révolution*, Villeneuve d'Ascq, Presses Universitaires du Septentrion, 2012, 280 pp. ISBN : 978-2-7574-0382-2.

Manuela Águeda GARCÍA-GARRIDO

Universidad de Caen Basse-Normandie (Francia).

manuela-aguada.garcia-garrido@unicaen.fr

En la descripción de la ciudad parisina que ofrece La Bruyère en *Los caracteres o costumbres de este siglo* (1688), el célebre moralista francés define el mundo urbano como un conjunto de varias sociedades, una división de pequeñas repúblicas con sus propias leyes, sus usos y su jerga. Para los historiadores, esta descripción recobra pleno significado si se considera que la ciudad constituye una entidad fuertemente institucional, generadora y reguladora de una multiplicidad de discursos que apunta al mantenimiento de los poderes establecidos y de un ordenamiento social inamovible. La importancia de esta cultura de la oralidad se constata en la riqueza léxica con que nos agasaja la documentación histórica de archivo y la profusión de las fuentes en las que se hace presente. En este sentido, la ciudad en la edad moderna representa un irremplazable laboratorio para el análisis del fenómeno de la comunicación oral en una época en la que la palabra escrita quedaba reservada a una parte privilegiada de la sociedad, lo que conducía inexorablemente a la «patrimonialización de la palabra».

Cuantificar y registrar el tiempo dedicado a la palabra pública, explorar las prácticas discursivas, los lugares erigidos para pronunciar conferencias, juramentos, amonestaciones, sentencias, sermones, publicar edictos, bandos, noticias, transmitir opinión o propaganda, así como conocer los gustos y exigencias del auditorio, son los temas que abordan los catorce artículos que componen *La parole publique en ville des réformes à la révolution*, reunidos bajo la dirección de Stefano Simiz, catedrático de Historia moderna en la Universidad de Nancy y miembro del *Centre de recherche universitaire lorrain d'Histoire*. Nacido de la reflexión y el reciente debate suscitado en Francia tras la publicación de Françoise Waquet de *Parler comme un livre. L'oralité et le savoir (XVI^e –XX^e siècle)*¹, en el que se asienta como verdad absoluta la pérdida de valor de la oralidad desde la invención de la imprenta, este

¹ París, Albin Michel, 2003.

trabajo es igualmente el resultado de un coloquio de título homónimo organizado en Nancy, del 3 al 4 de marzo de 2011.

La obra, de carácter eminentemente interdisciplinar, se divide en cuatro partes de proporciones muy similares, siguiendo una lógica exclusivamente temática, que arranca con siete trabajos sobre los dos tipos de elocuencia menos estudiados en la historiografía (la religiosa y la forense), continúa con cuatro estudios sobre la recepción de los discursos pronunciados en un espacio cívico y finaliza con otros tres sobre la representación del espacio socio-político que ocupa la palabra pública. Con esta estructura, Stefano Simiz consigue dar perfecta coherencia a la variedad de temas y métodos empleados por cada uno de los historiadores que participan en esta obra.

La primera parte (*Parler au nom de Dieu*, pp. 25-107) se centra en presentar los principales problemas del ministerio de la palabra entre los oradores sagrados. Con el magistral aporte de Isabelle Brian («Publics et auditoires des stations parisiennes») sabemos que los registros de fábrica de algunas iglesias parroquiales de París, que conservan datos precisos sobre el número de sillas asignadas para escuchar al predicador, revelan la existencia de una práctica de la asistencia al sermón basada en la ley de la oferta y la demanda. La difícil tarea de satisfacer al auditorio se veía agravada por el respeto que los predicadores debían a las rigurosas normas de la retórica eclesiástica. Instrucciones religiosas, historias, anales estatutos de órdenes o métodos pastorales se convierten en fuentes heteróclitas extraídas del fondo de las bibliotecas de los 117 conventos registrados en las grandes ciudades del ducado de Lorena y en Luxemburgo. Todas ellas permiten valorar el lugar que ocupa la predicación en la vida de las órdenes mendicantes, según el brillante artículo Fabienne Henryot («Les prédicateurs et ses livres. Normes oratoires et sermonnaires dans les couvents mendiants urbains à l'époque moderne»). También debían enfrentarse a otro tipo de dificultades aquellos predicadores que mostraron su fidelidad incondicional a la monarquía en tiempos convulsos. Benoist Pierre («La parole publique des prédicateurs royaux...») observa en el paulatino abandono de la personal lucha que el predicador católico Arnaud Sorbin (1532-1606) había enfocado desde la Corte contra los hugonotes, el esfuerzo por adaptarse a un sistema de creencias más acorde con los principios de tolerancia promulgados por el edicto de Nantes en 1598. Para los predicadores protestantes, las vicisitudes del oficio no fueron menores. Estos debían comprometerse a convertirse en *bons Français*, propagar un espíritu de conciliación y la firme lealtad a la monarquía, olvidando así las medidas vejatorias impuestas a la minoría calvinista en Francia. Julien Jalabert («Les harangues de Paul Ferry, ou la prise de parole politique d'un prédicateur réformé à Metz sous le régime de l'édit de Nantes») expone el

panorama de la comunidad protestante a través del análisis de las minutas de 59 arengas manuscritas pronunciadas por el pastor Paul Ferry y la correspondencia mantenida con los miembros del gobierno municipal.

La segunda parte (*La parole dans le champ institutionnel lorrain*, pp. 107-146) se focaliza en el ejercicio de la oratoria forense. Alain Cullière («Les débuts de l'éloquence judiciaire en Lorraine, 1597») se sirve de los discursos pronunciados por los regidores de Nancy en la toma de posesión de su cargo, para apreciar la evolución y pérdida de solemnidad de una institución jurídica de primer orden en el ducado de Lorena. François Lormant («Les messes rouges: une tradition française exportée en Lorraine au XVIII^e siècle») comenta los discursos reprobatorios que solían pronunciarse durante las misas rojas, celebradas para la apertura de sesiones del parlamento y cuyo nombre proviene de una protocolaria ceremonia donde todos los presentes acuden con capas del mismo color. El propio Stefano Simiz («Le discours de l'avocat général Bourcier de Villiers à Nancy, début XVIII^e siècle») indaga en las propuestas temáticas y en la visión de la oratoria parlamentaria incluidas en las reprobaciones y admoniciones dadas por un gran servidor del Estado bajo Leopoldo I (1698-1729), hoy conservadas tanto manuscritas como impresas en un fondo desconocido de los Archivos departamentales de Meurthe-et-Moselle.

La tercera parte (*Réception et représentation de la parole*, pp.149-222) reúne tres trabajos que se interrogan sobre los límites de la palabra pública, en particular, los efectos que ésta generaba, por un lado, en una sociedad galvanizada ante las miserias cotidianas, y por otro, en una élite exigente y hambrienta de discursos en los que ésta pudiera verse reflejada. El cruel escenario de las guerras de religión hacía imprescindible contar con los hombres del reino (jueces, oficiales, gobernadores, predicadores e incluso el mismo rey) para transmitir con eficacia un discurso irenista e instigador de la concordia ciudadana. Esta es la posición que defiende el artículo de Penny Roberts («La parole de la paix en espace civique...»). Para Jérémie Foa («Les conférences théologiques entre catholiques et réformés au début des guerres de Religion»), el gusto natural por las justas verbales, en un contexto marcado por el espíritu de competición confesional, exige el estudio de nuevas fuentes documentales como son las actas de las disputas que dividen a los teólogos franceses entre 1561 y 1572, en su mayoría custodiadas en la Biblioteca Nacional de Francia y en la Biblioteca del Protestantismo Francés. Este tipo de documentación nos brinda un poderoso mensaje social en la medida en que permite esbozar una excelente imagen del clero, los fieles, los asistentes, el ritmo de las sesiones y los verdaderos adversarios de la monarquía. Se trata por tanto de una investigación original, que invita a acercarnos a las fuentes con un cuestionamiento

alternativo, como lo hace Cécile Huchard («Échos des prédicateurs parisiens dans le *Journal du règne* de Henri IV...») cuando recoge los ecos de los exaltados predicadores de la Liga en el Diario del reino de Enrique IV, redactado por el cronista Pierre de l'Estoile. Corona esta tercera parte un encomiable artículo de Philippe Martin («Lieux et gestes de prédicateurs») en el que partiendo del análisis de una amplia selección de representaciones iconográficas sobre el ejercicio de la predicación en el ámbito urbano, el autor expone la evolución del aspecto gestual y de los púlpitos como una consecuencia de la irremediable aceptación de los códigos de la retórica eclesiástica, a lo largo de la edad moderna. Los 11 grabados que siguen al artículo ilustran el tema.

La cuarta parte (*L'espace politique et social*, pp. 225-280) reúne los artículos que ponderan la importancia del mensaje político que pueden desprender los actos o ceremonias cívicas que se proyectan en un contexto de oralidad. Aurélie Prévost («De l'oral à l'écrit : les conférences du Bureau d'Adresse de Renaudot») lo demuestra examinando las fuentes que se conservan sobre una especie de oficina de consultas con fines múltiples (lucha contra la mendicidad, agencia de empleo, anuncios matrimoniales, etc), fundada en 1630 por Théophraste Renaudot, quien no tardó en convertir muy pronto el lugar en un centro de provocadoras conferencias que justificaron las acciones sociales que gestionaba su fundación. Philippe Lefebvre («Aux origines religieuses du discours politique»), en un elocuente artículo, viene a demostrar que la revolución de 1789 es uno de los momentos en los que no sólo se cruzan los caminos del discurso religioso de salvación y los del discurso político de la libertad, sino que este último mantendrá durante mucho tiempo la retórica del discurso religioso de redención. Los vanos esfuerzos que Fauchet y Lamourette hicieron para emancipar el lenguaje político del mensaje evangélico, hasta ser guillotinado, son prueba de ello. Laurent Jalabert («La révolution française à Bar-le-Duc, parole contrôlée, parole libérée ?») pretende demostrar que las nuevas instancias administrativas de la municipalidad trasvasan parte de la autoridad legítima del discurso público, de la información y la comunicación a la «sociedad popular», imponiendo gradualmente sus propias reglas de control de los mismos. Los registros de deliberación del cabildo, los discursos transcritos en las actas municipales, los decretos y juramentos de la Asamblea Nacional, los cuadernos de quejas y peticiones al tribunal de distrito, así como los discursos para inaugurar fiestas municipales, son algunos de los documentos inéditos que utiliza el autor para fundar su argumento.

En resumen, debemos incidir en que este trabajo abre una nueva perspectiva historiográfica a los especialistas de la historia social y cultural los siglos XVI al XVIII, en la

medida en que sondea los discretos cauces de la oralidad que surcan las fuentes históricas tanto escritas como iconográficas de la Francia moderna, con particular atención a la región noreste de la Lorena. La elección de un área geográfica más amplia nos permitiría seleccionar algunos criterios para establecer las primeras comparaciones sobre todo el territorio galicano. Por otra parte, hay que señalar que los objetivos de este trabajo colectivo se enmarcan en la línea de investigación que vienen siguiendo algunos historiadores franceses desde hace algunos años. En este terreno, debe mencionarse el aporte de Lucien Bély y Daniel Roche con *La opinión publique en Europe:1600-1800*, París, Presses Universitaires de Paris-Sorbonne, 2011. Asimismo, encontramos un interés creciente por los temas de la oralidad en el mundo moderno entre los investigadores anglosajones quienes, a modo de precursores, desde hace casi una década vienen publicando trabajos de la misma índole. Debemos destacar aquí a Brendan Dooley y Sabrina Baron (eds.): *The politics of information in early modern Europe*, Londres, Routledge, 2001, así como a Adam Fox y Daniel Woolf (eds.): *The spoken world. Oral culture in Britain, 1500-1850*, Manchester, Universidad de Manchester, 2003. Subrayamos igualmente la tarea de The Renaissance Society of America, que en abril de 2010 organizó en Venecia un coloquio internacional bajo el título *Orality, Language, and Communication in the Early Modern World*. En lo que se refiere a España, la cultura oral en la edad moderna parece estar reservada a filólogos y especialistas de la literatura. Aún así, cabe destacar la labor del Grupo «Literatura Española de los Siglos de Oro de la Universidad Complutense de Madrid» (GLESOC), por la organización del coloquio *Cultura oral, visual y escrita en la España de los Siglos de Oro*, en octubre del 2009. No obstante, entre los historiadores han aparecido trabajos monográficos orientados a esclarecer las vías y sistemas de información oral en tiempos de guerra, como el de David González Cruz². La revista *Manuscripts* publicó en el n° 23 de 2005 un par de artículos (de P. Burke y H. Ettinghausen) sobre el poder de la comunicación, lo que ha suscitado sin duda un gran entusiasmo. Con la edición en 2007 de *Propaganda y opinión pública en la historia* (Valladolid, Secretariado de Publicaciones), José Manuel Nieto Soria se acerca directamente, aunque desde una óptica general, al campo de la comunicación oral. Desde entonces, son elogiadas las tentativas de Antonio Castillo Gómez y James S. Amelang, coordinadores de *Opinión pública y espacio urbano en la Edad Moderna*, Gijón, Ediciones Trea, 2010. Finalmente, siguiendo esta misma línea, la revista *Obradoiro de Historia moderna* dedicó el volumen de 2011 a la cuestión, titulándolo *Poder, imagen, opinión pública y propaganda en la Edad Moderna*. El camino está ya trazado pero queda aún mucho por explorar.

² *Propaganda e información en tiempos de guerra: España y América (1700-1714)*, Madrid, Sílex, 2009.

Como lo demuestra este trabajo que coordina Stefano Simiz, es posible adentrarse en el mundo de la parénesis usando otras valiosas fuentes y desplazando de su altar mayor los textos capitales impresos de los grandes predicadores y oradores que han prestado sus servicios para informar y modelar una opinión pública complaciente con el poder en vigor. Las huellas que ha dejado la elocuencia religiosa, académica, tribunicia y forense son numerosas, y su estudio nos permite acceder a diferentes niveles de interpretación de la compleja realidad histórica que imponía el ritmo de las ciudades a lo largo de la modernidad. Superando la indeleble afirmación de que la oralidad en el Antiguo Régimen es fruto de la cultura popular, premisa instituida en Francia desde que saliera en 1964 la primera edición de un clásico de Robert Mandrou³, los historiadores coinciden en que la palabra pública está supeditada a un fuerte control institucional hasta 1789, fecha emblemática que anuncia una auténtica liberalización de las prácticas de la comunicación oral en el espacio urbano, una desacralización de los rituales discursivos y el nacimiento de un nuevo lenguaje que se compromete a despertar, propagar y legitimar la voz del pueblo.

³ *De la culture populaire aux XVII^e et XVIII^e siècles*, Paris, Stock [1964].